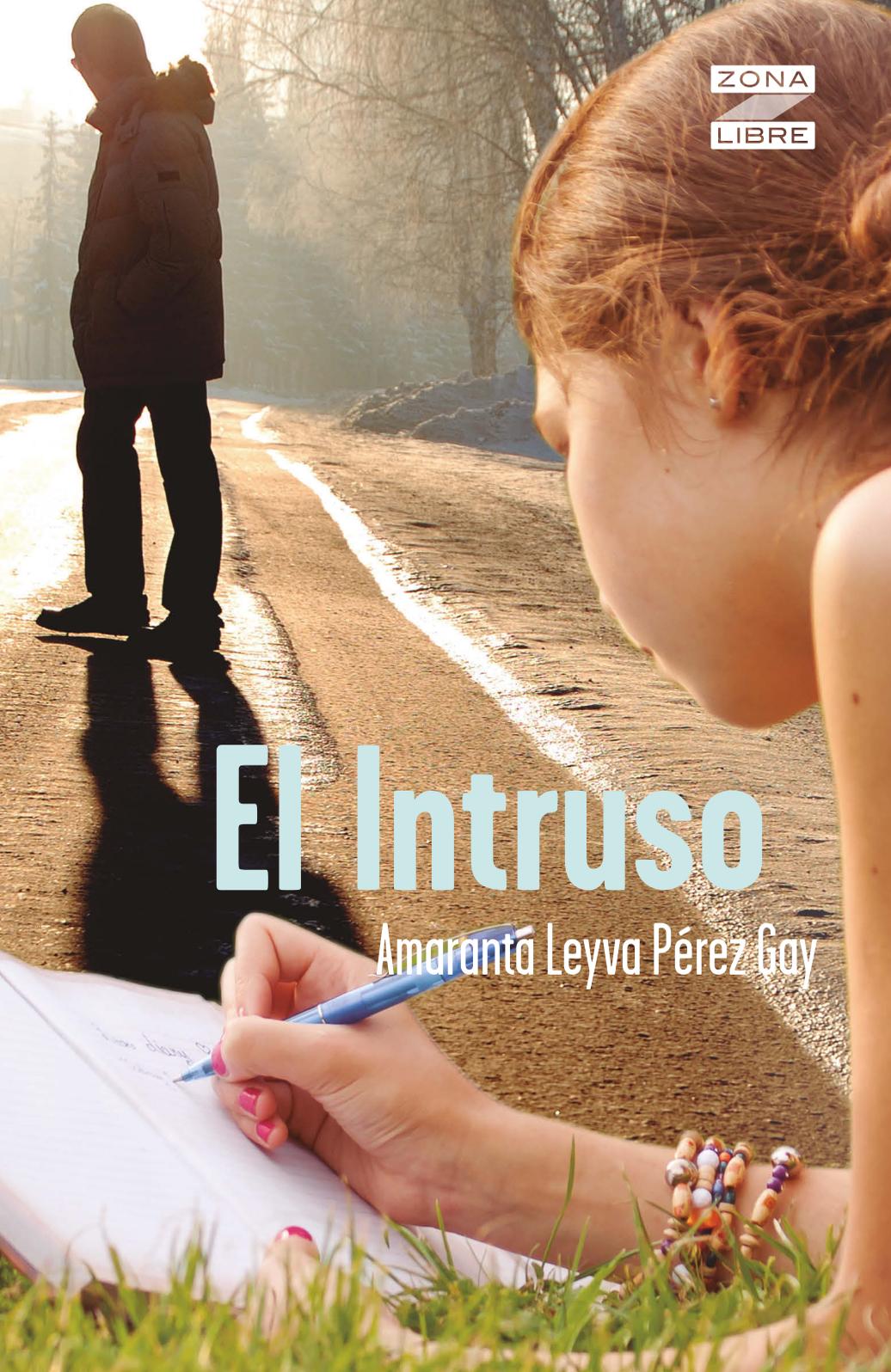


ZONA

LIBRE

# El Intruso

Amarantá Leyva Pérez Gay



ZONA  
LIBRE

# **El Intruso**

Amaranta Leyva Pérez Gay





# El Intruso

Amaranta Leyva Pérez Gay



[mx.edicionesnorma.com](http://mx.edicionesnorma.com)

D.R. © 2015, Amaranta Leyva Pérez Gay

D.R. © 2015, Norma Ediciones, S. A. de C. V.

D.R. © 2017, Educa Inventia, S.A. de C.V.

Av. Río Mixcoac 274, piso 4°, Colonia Acacias,  
Delegación Benito Juárez, Ciudad de México, C. P. 03240.

Reservados todos los derechos. Prohibida la reproducción total o parcial  
de esta obra sin permiso de la editorial.

\* El sello editorial “Norma” está licenciado por Carvajal S.A. de C.V. a favor  
de Educa Inventia, S.A. de C.V.

Segunda edición: mayo 2019

Primera reimpresión: abril 2020

Edición: J. Lizbeth Alvarado Mota / Lorenza Estandía González Luna

Diagramación: Gustavo Rivas Romero

Portada: María Eugenia Briones Juárez

Fotos: Shutterstock

Impreso en México – *Printed in Mexico*

SAP: 61089127

ISBN: 978-607-13-0861-0

*Para Lucio, el intruso que se convirtió en mi papá.*

*Para Mathieu, quien me enseñó a no  
sentirme intrusa, sino exploradora.*

*Para mi Alicia, la conquistadora.*



## Índice

1. La mudanza .....	11
2. La sospecha .....	25
3. La escuela .....	67
4. Las clases .....	79
5. El Intruso .....	149
6. Néstor .....	179
7. El robachicos .....	191
8. Día 3 .....	201
9. Epílogo .....	215



# 1. La mudanza

¡Aaah, por fin! ¡No aguantaba ni un segundo más de estar callada, de hacer como si nada! Necesitaba escupir, vomitar, morderlo, gritarle...

Quisiera empujarlo por alguna de las mil ventanas de esta casa que está tan lejos de todo.

¿Por qué aceptaste que viniéramos a vivir aquí? ¿De quién fue la idea? ¿De quién es la culpa?

Y ahora, ¿qué voy a hacer yo sola... aquí?

Porque así estoy:

s

o

l

a

Quisiera hundirme en la tierra. Cavar un hoyo profundo y regresar. Cerrar los ojos para no estar, para desaparecer, o al menos, para no verlos, para no tener que

ver su cara, su estúpida cara que un día se instaló en mi casa, en mi ex casa, de a poquito, sin ruido, y sin que nadie me dijera nada.

La primera vez yo le abrí la puerta. Allí estaba con su inmensa nariz, sus lentes, su boina, su caja de herramientas y esa horrible mochila de cuero de la que nunca se separa. Al día siguiente lo mismo, y luego otro y otro y otro día más, hasta que dejó de tocar el timbre... ya no hacía falta: ya estaba adentro con caja, mochila, nariz y boina.

Me lo encontraba en el pasillo, en la sala, en la cocina... metido hasta en el baño, nuestro baño.

“Buen día. ¿Qué tal dormiste?”. Qué le importaba cómo dormía.

”¿Cómo va? ¿Qué tal el colegio?”. Mal, muy mal.

“¿Cansada? ¿Hora de dormir?”. Sí, pero porque YO lo digo.

Pero no le decía nada, sólo sonreía como una tonta y me encerraba en mi cuarto. Pensaba que mi mamá se encargaría del asunto... y vaya que lo hizo. Fue una mañana. Casualmente, él no estaba. Sólo mi mamá, mi hermano, unos *hot cakes* y yo.

“Hija, nos vamos a mudar de casa”. Me lo dijo así, de pronto, y sin dejar que me los terminara. Ésa fue su manera de ocuparse del “asunto”. Y no sólo fue mudarnos de casa, sino de ciudad, lejos de todos...

Antes de conocerlo ni siquiera se le hubiera ocurrido salir de día de campo y, de pronto, ¡ya quería irse a vivir a otro lado! Por eso a mí no me engaña: por más que lo diga, yo sé que la idea no salió de ella... ¡Y todavía dice que él es una “buena persona”!

“Es una ciudad para niños. La vas a pasar mejor. Vamos a tener una mejor ‘calidad de vida’”, me dijo esa mañana. En primera, ¿de dónde sacó que yo necesitaba cambiar de vida?

¡NO QUIERO!

¿Por qué tengo que querer?

¿Por qué lo tengo que querer a él?

No quiero y no voy a querer no quiero No, no, no, no quiero porque no y no quiero no quiero no quiero no quiero no quiero no quiero, ¿quiero? No quiero no quiero no quiero.

¿Qué es calidad de vida?

Desde que llegamos he estado en este cuarto donde no veo mas que árboles y plantas.

“Una casa grande para que cada quien tenga su espacio”, dijo cuando entramos.

¿Ajá? Entonces, ¿por qué te sigo escuchando?

Dice mi mamá que en su país acostumbran a hablar fuerte. Que no es que nos esté regañando.

Pues en mi país eso es regañar... y gritar. Y aunque estemos en una casa larga como salchicha, profunda como un hueco infinito y alejada del mundo, yo tengo que seguir escuchándote porque te metiste con nosotros, con mi mamá, con mi hermano...

Pues se los digo a los dos: aquí en este cuarto me voy a quedar. De aquí nadie me va a sacar. De mí no van a oír nada, absolutamente nada. ¡Nada!

¿Cómo se escribirá el sonido de la voz atorada en la garganta?

*Mj, mhm. mhmj, jmhrm, mrrrrrr, mmM, mmMmm MmmM, mmmmmmm. Mmaaaaaammaaaaaaa mmaaaaaammaam-maaaaaaaa Maammáaaa.*

Que no, **no voy a hablar.**

Lo malo es que si paso mucho tiempo sin sacar la voz, empiezo a sentir que me asfixio. Bueno, no que me asfixie, pero como si me faltara el aire.

Como si el hueco de la garganta se fuera llenando con letras que no dejo salir, que se quedan ahí atoradas. Las

atoro según como van llegando: solitas, en grupo, corriendo o asustadas. Las que suben por las piernas son como hormigas o culebras porque no paran de moverse. A veces pican o hacen cosquillas. Las que vienen desde los dedos son chiquitas, las que bajan de la cabeza son pesadas, las que vienen desde la panza están tristes... Pero chicas o grandes, flacas o gordas; de la garganta no dejo que pasen. Es fácil. Les hago creer que van a salir porque abro la boca y luego, hago como que voy a respirar, tomo impulso para sacar la voz... y les hago trampa: trago saliva y detengo el movimiento justo a la mitad, en la garganta.

Y así, nada entra y nada sale. Aquí guardadas conmigo... mis palabras.

Claro, después de un buen rato de estar así, siento que me asfixio. Y entonces tengo que respirar mucho, profundo y rápido. Aspirar hondo y profundo.

¿Respirar o aspirar?

Pues cualquiera, una u otra, hacen que el aire entre hasta la panza, las costillas, el pecho... se siente rico... luego lo saco, o se sale solito. Y entonces puedo seguir callada otro buen rato.

Ay, me duele la garganta...

Estoy triste. No quiero estar aquí. No debería estar aquí. Yo debería estar yendo de la escuela a la casa de los abuelos, en México. Tendría mucha hambre y calor. Mi mamá llevaría a mi hermano en la carriola. Yo

cargaría su bolsa y mi mochila. Me gusta llevar su bolsa. Mi abuela estaría terminando de leer el periódico, vería la hora, pondría la mesa y serviría la sopa de fideos. El abuelo despertaría de su siesta, gritaría: “¡Hija, ya casi llegan!”. Prendería la tele para ver las noticias y comería las galletas en lo que llegábamos. Nosotros tocaríamos el timbre. La abuela saldría a abrirnos, me daría un beso y le ayudaría a mi mamá con el bebé. Yo correría a abrazar al abuelo. Él también. La abuela y mi mamá despertarían a mi hermano para comer todos juntos y, mientras, yo me asomaría por la ventana de la sala y vería *el afuera*, la gente en la calle pasar.

En cambio aquí, lejos de todo, ni siquiera sé si algo está ocurriendo. ¿Cómo sé que la gente hace lo que pienso que está haciendo si no la veo? ¿Cómo sé que la gente sigue existiendo?

Por ejemplo, ¿qué estarán haciendo ahorita los abuelos?

¿Qué estará haciendo mi papá? ¿Pensará en nosotros? ¿Estará triste? ¿Enojado?

A lo mejor está triste y solo... ¿Cómo puedo estar segura?

Quizá está sentado en su sillón, ¿o va en su coche a un ensayo? ¿Tendrá hambre? Yo tengo hambre, pues sí, es hora de comer. Pero no voy a bajar, no puedo bajar. Pero tengo hambre.

—¡Mi amor...!

Ahí está mi mamá, por fin. ¿Me hablas a mí? Porque yo hace mucho que dejé de ser tu “mi amor”.

—¡Catalinaaaa!

¿Segura de que ése es mi nombre? Porque también podría ser Sofía, Julia, Armanda... ¿A quién le importa? A ti ya no.

—¡Se enfría la comida, baja!

La comida se enfría, la comida se está enfermando, la comida está triste porque no la quieres comer.

—¡Hay empanadas...!

¿De nuevo? Y con esa estúpida salsa que él hace y que mancha los dedos.

—¡O puedo hacerte sopa!

Sopa... ¿Nuestra sopa? Sopa...

—¡Mi amoor!

No. No. No voy a...

—Mi amor...

Bajar...

—Hijita...

Tengo...

—Mi amor...

Hambre...

—¿No tienes hambre?

Mucha, mucha hambre... Ni modo. Voy a tener que bajar.

Ahí están en la cocina: mi mamá, él y mi hermano. Parecen una familia feliz. Pero en cuanto entro yo... ¿Qué quieren que no sepa? ¿Qué quiere él que no sepa? Porque mi mamá me dice todo a mí, casi todo.

Si como dice mi mamá, él es “taaan buena persona”, ¿por qué se calla de pronto y cambia la conversación? ¿Por qué se ponen serios los dos, más bien los tres y, luego, unos segundos después, ya están tan contentos que necesitan repartir tanta felicidad desbordada.

—¿Hambrita?

Y todavía lo pregunta.

—Ajá.

—Pues nada mejor para este calorcito que esta ensalada. Te va a encantar.

No creas que porque acepto comer ya voy a ser amable contigo. No señor. No pienso ser amable porque tú quieres ser amable, no pienso hablarte porque tú quieres hablarme. No pienso dirigirte la palabra...

—Mmm. Sí está rico.

—Te corto un pedazo de este jamón y me dices qué opinas.

—...

—¿Y?

—¡Mmm!

¿Por qué hago como si todo esto fuera normal? ¿Sólo para que mi mamá esté contenta?

—Probá una empanada de queso... ¿Te gusta?

—Ajá.

¿Hoy también hay que comer empanadas? ¿De dónde las trae? ¿En la bolsa de su pantalón? ¿O serán las mismas que nunca se acaban?

—¿Viste la alberca?

—Pero, hija, primero tienes que aprender a nadar bien.

¿Por qué lo tiene que decir enfrente de él? No quiero que sepa que no sé nadar. ¡Qué le importa! Además, no es que no sepa, es que me da miedo sumergir la cabeza.

—¿Mamá?

—Ahorita vengo, hijita. Tu hermano ya se hizo pipí.

—¡Mamá!

—¿Te gustó tu cuarto?

—Sí.

—Lo escogí yo.

—...

—Desde ahí se ve todo el jardín, la casa y un colibrí rondando, ¿lo viste, al colibrí? ¿Te imaginás? Despertar cada mañana rodeada de verde.

—...

—¿Hambrita todavía? Carnes frías... ¡Qué casa! Me encanta. Justo lo que necesitábamos... Incluso el cobertizo allá al fondo. ¿Lo viste? Como una casita... Será mi taller, así no las molesto cuando trabaje. Hago mucho ruido trabajando, ¿sabes? Y a veces se pone peligroso... En fin, que es mejor que no te acerques.

—...

—¡Ey! ¡Terminaste todo! Y decías que no tenías hambre... ¿Querés algo más?

—...

—¿Te vas ya? ¡Me dio gusto que te haya gustado...! ¡La comida y tu cuarto! Fue lindo... hablar contigo.

Fue él, sí, fue él quien escogió la casa y... ¡mi cuarto!

Y todavía me pregunta que qué opino. ¿Que qué opino? Que no me gusta porque no la entiendo y que no la entiendo porque no es una casa normal.

En ninguna casa normal uno se sentiría como aquí, en medio de la nada, rodeada de un inmenso jardín que no me deja ver la calle ni la gente. No se oyen mas que los pájaros, el silencio... Este silencio que me desespera porque me hace sentir como si el mundo se hubiera ido y se hubiera olvidado de mí. Y encima del silencio para oírlo mejor: su voz, siempre su voz.

¿Quieren que diga eso? ¡Claro que no puedo! No puedo opinar, como tampoco puedo decir que me siento más sola que un nopal porque mi mamá está demasiado ocupada con él y mi hermano no cuenta porque es un bebé.

Ma, ¿por qué estás con él todo el tiempo? ¿De qué te puedes reír tanto? ¿Por qué no se termina nunca lo que hablan? ¿No te cansas de él, de su voz, siempre su voz? ¿Por qué? ¿Por qué? **¿Por qué?** ¿No te das cuenta? ¡Es un INTRUSO!

No sé cómo nos elegiste pero para que lo sepas, esta familia ya tiene un **papá**. Que esté peleado con mi mamá es otra cosa, pero tú no vas a reemplazarlo. Y si él no puede estar aquí, o no puede venir tan seguido porque estamos lejos, porque tú nos trajiste lejos, yo me voy a encargar de que esté cerca. Existe el teléfono, ¿sabes? Y si es muy caro llamarle, le voy a mandar cartas todos los días... Y mientras le llegan las cartas, me voy a grabar de memoria cada día que pasemos aquí. Los voy a escribir aquí. Para él, para enseñárselo el día que lo vuelva a ver. A ti no pienso darte ni decirte, **NADA**. Para mí no existes.

**¡PAPÁ, VEN POR NOSOTROS!**

¿Por qué dejaste que nos trajera hasta acá? Hubieras podido decirle que no lo permitías, que también somos tus hijos, que nos ibas a extrañar. ¿Nos extrañas? No te preocupes. Yo tengo guardados todos los días que hemos estado juntos, tu cara, tus bigotes, tus abrazos... Y todo, absolutamente todo, se lo voy a contar a mi hermano. Y mientras te vuelvo a ver, voy a escribir en este cuaderno lo que me pase cada día que no te vea... y si se me acaban las hojas, pues compro otro... te lo prometo. Pero tú también prométeme que me vas a llamar y vas a venir a vernos... que me vas a extrañar... Es que aquí estamos tan lejos, que me da miedo que me vayas a olvidar.

Clave para llamar a México: 91 5 más el número de los abuelos o de mi papá.

—Catalina, hija, diles a los señores dónde ponen las camas.

—¿Yo por qué?

—Por favor, hijita.

—¿Y dónde está el Intruso si se puede saber?

—Que no le digas así. Tuvo que salir.

—¿Justo ahorita? Qué casualidad. ¿Y a dónde tenía que ir en domingo en la tarde, en una ciudad a la que se acaba de mudar, donde no conoce a nadie?

—Catalina, ¿me vas a ayudar o no?

—Mamá, ¿me vas a contestar o no?

—¡Catalina!

—Bueno, pero que conste: no se me hace justo.



## 2. La sospecha

### Querido papá:

La mudanza llegó muy tarde ayer y aunque mis cosas ya están casi todas en mi cuarto nuevo, anoche no dormí ahí, es que ya no nos dio tiempo de acomodar las cajas para poner mi cama. ¿Y cómo nos iba a dar, si el Intruso regresó justo cuando los de la mudanza se acababan de ir? ¿Crees, siquiera, que dijo a dónde había ido? Claro, ni a quién le importe. Lo que me importó es que cuando llegó se tuvo que poner a acomodar las cajas que veía primero y como mi cuarto es el último... “Mañana lo arreglamos, hija, ya estamos cansados”, me dijo mi mamá.

Ahora la casa está llena de cajas y mi mamá no de tan buen humor. Pero no creas que está de malas porque al señor se le ocurrió irse cuando iba a llegar la mudanza,

ah no, mi mamá estaba enojada... ¡porque hay cajas por todos lados! ¿Y qué esperaba? ¿Que todo se acomodara mágicamente? Pues a pesar de ese humor, me prometió que hoy nos ocuparíamos de mi cuarto y que pronto lo decoraríamos. No me gusta cuando usa la palabra “pronto” porque significa que no lo será.

Por todo eso, anoche dormí en la sala de abajo. Mi mamá me puso el tapete morado con flores (el que teníamos en el departamento de México), me acomodó unas colchonetas, cobertores y sábanas y me dejó prendida la luz del baño. No quise dormir arriba, en donde será el cuarto de la televisión. Queda al lado del que va a ser el cuarto de ellos. A veces envidio a mi hermano, no se da cuenta de lo que pasa.

Abajo en la sala, con todo y luz prendida, me desperté. Es que sentí de pronto que estaba acostada en el pasto, afuera. O más bien, que la sala se volvía pasto. Si cerraba los ojos podía olerlo, sentía que me picaba. Y si los abría podía verlo, más bien, veía su oscuridad, la del pasto y la *del afuera*. No es que estuviera loca o que estuviera soñando. A lo mejor sí, pero es que esta ciudad es como un gran jardín que crece dentro y fuera. Una ciudad verde y húmeda, tan llena de maleza que no es posible saber para dónde queda ningún lugar, ni mi casa, bueno, esta casa, quiero decir.

Aquí las paredes que me separan *del afuera* son sólo vidrios del techo al piso, ventanas sin cortinas. No es una

pared que proteja, al contrario, descubre. Así que por más que enredé los pies y la cabeza entre las cobijas, por más que me tapé los oídos y puse cojines como barrera de protección, no pude evitarlo... tuve mucho miedo.

En la mañana me desperté muy temprano. No sé si fue el sol, los grillos que todavía se oían, o un gallo que no paraba de cocorear. ¡Quién puede tener un gallo metido en su casa! Ni que viviéramos en el campo. Lo que haya sido, sentí alivio que ya fuera de día. No creo que vuelva a hacer un campamento aquí abajo jamás.

Por cierto, decidí que en las cartas ya no te voy a poner: “Querido papá”. El Intruso usa mucho esa palabra: “Querida” le dice a mi mamá, y ella sonríe. “Querida” me dice a mí y “Querido” a mi hermano. ¡Ay, mi hermano! Cualquier cosa lo divierte.

P.D. Oye, pa, algún día me gustaría que me compraras un *sleeping bag*, de los que se usan para ir de campamento. Aunque mi mamá dice que son caros. Si no tienes dinero, no te preocupes.

P.D. 2: Te quiero, te amo y te extraño.

P.D. 3: El teléfono de Cuernavaca, por si perdiste el papel que te dio mi mamá, es: 3-80-85. Aunque todavía no conectan la línea. Mi mamá dice que hay que ser pacientes.

—¡Catalinaaaa!

No te pienso contestar.

—¡Catalinaaaa!

Sigue gritando hasta que te quedes afónico así no vuelvo a oír tu voz.

—¡A comeeer, Catalina!

—...

—¿Dónde está esta niña? ¡Por favor! ¡Catalina! ¿No oyes?

—¡Aquí estoy!

—¿Dónde aquí?

—¡Pues aquíiii!

—Sho también estoy aquí y no te veo.

—¡...!

Papá:

El Intruso se despertó temprano, 8:00 am, (raro) y con muchas ganas de acomodar cosas. Claro, antes bajó a desayunar (no hace nada si no come). Para entonces ya estaba vestido (no sé si se bañó). Me dijo “buenos días”, y puso en la mesa pan tostado, queso cottage, otros quesos (no sé por qué compra tantos), huevos para mi mamá (yo no comí) y café. Comió rápido (siempre come rápido). Puso agua a hervir. Agregó su hierba (unas hojas verdes mezcladas con palitos como si fueran mini-bambúes) en la taza que siempre usa (que en realidad no es una taza, tiene un nombre pero no me acuerdo cuál y no le voy a preguntar). A la taza le enterró un popote de fierro. Sirvió el agua caliente dentro, sorbió haciendo ruido (no le importa hacer ruido. La abuela dice que hacer ruido en la mesa es de mala educación), y se fue a caminar solo por el jardín, con la tetera y su té. ¿Sabes qué hacía? Veía el pasto, las raíces salidas del árbol, lo acariciaba en silencio total. Luego se salió a la calle. No es que lo estuviera espionando sólo que yo me desperté más temprano que él, me bajé y pues, lo tenía que ver, además es imposible no verlo, con todo el ruido que hace...

Cuando regresó, traía una bolsa del súper que se había quedado en su camioneta desde el día que nos mudamos. “A ver si no se han podrido”, dijo. Sacó dos papas de la bolsa, lo demás lo dejó dentro, ni siquiera lo puso

en su lugar, bueno, cuál es el lugar de cada cosa aquí (es desordenado, como dice la abuela). Clavó cuatro palillos de madera a cada una de las papas, para que se sostuvieran a la mitad de la boca de dos frascos viejos de mermelada llenos de agua. Las puso en la ventana y dijo que eran adornos. Está equivocado, son horribles. Pero, ¿quién puede decirle algo si él cree que todo lo que hace es normal o simpático? Y nosotros, los que somos de aquí, tenemos que hacer como si sus costumbres fueran normales o simpáticas... ¡aquí!

Pobre casa, además de rara, va a quedar adornada con papas... Le dije a mi mamá que no se veían bonitas en la ventana. Ojalá me haga caso y se lo diga. ¿A dónde pudo ir tan temprano? ¿Solamente a "pasar"?